

EL IRRACIONALISMO EN LA CULTURA ACTUAL

1. La Filosofía suele reflejar, quintaesenciado, el trasfondo de principios y modos de pensar o concebir las diferentes manifestaciones de la cultura de una determinada época. La concepción del hombre y del mundo, que de una manera explícita o implícita vive y encarna el arte, la técnica, la moral y las costumbres y la orientación de las ciencias, suele expresarla reflexivamente la Filosofía.

Desde luego que la Filosofía no tiene ni debe atarse a esa concepción en lo que ella juzgue equivocado. Pero de hecho los filósofos muchas veces pagan tributo a tales corrientes del pensamiento, que impregnan las actuaciones humanas sobre el mundo y sobre el propio hombre y que dan origen a la cultura.

En cuanto al estilo de pensar, no a su fondo, y a la problemática *de una época*, una auténtica filosofía, aún tratando de verdades eternas, no puede ni debe desentenderse, so pena de ser infiel a su misión: la de esclarecer y buscar la solución a los problemas eternos del hombre, encarnados en los problemas de su tiempo, y de un modo o estilo verbal y conceptual captable por el hombre de su época.

Lo malo es cuando la Filosofía olvida su misión esencial, *metahistórica*, la verdad perenne que le toca develar y fundamentar, aún en los problemas de su tiempo, y se deja someter enteramente al devenir histórico para asumir no sólo un carácter histórico por su temática y estilo -lo cual es justo y razonable- sino *historicista*, en cuanto que sus soluciones no alcanzan la verdad o esencia permanente de las cosas, sino que pretenden ser verdades -si esta palabra aún conserva su significación- efímeras y cambiantes, sólo válidas para su tiempo y en estrecha dependencia del mismo.

Porque al lado de la Filosofía perenne *metahistórica* en su misión propia de búsqueda de la verdad trascendente al hombre y a la historia, del *mundo esencial, inmutable en sí mismo*, aunque encarnado y bajo este aspecto dependiente de la historia, hay otro tipo de Filosofía, fácil, totalmente comprometida y entregada al cambio histórico como tal, y que sólo aspira a expresar y justificar la situación con-creta del hombre *hic et nunc*, sin ocuparse de su *esencia o ser* permanente y mucho menos de su *deber ser* moral y cultural, en general, de acuerdo a aquella esencia. Se trata más de una descripción *fenomenológica* que de una verdadera Filosofía; la cual más que por el *ser* se interesa por el *aparecer* o manifestación de la vida humana; incapaz, por eso mismo, de proyectar las *exigencias del ser* -expresadas por las normas morales y culturales- sobre la vida humana individual y social y en dirección a su fin o destino trascendente.

2. En tal sentido, el *irracionalismo* actual, en sus diversas formas: *neopositivista, materialista* -principalmente en su encarnación *psicoanalista y marxista*- y *existencialista*, quiere expresar la realidad de las diferentes actuaciones del hombre en sí mismo y en las cosas, que constituyen la *cultura*.

Con los extraordinarios medios de comunicación y formación de la opinión pública -prensa, radio, televisión, cine, teatro, etc.- enormes sectores de la población -precisamente los que menos actúan por libre iniciativa personal, por decisiones de reflexión y libertad- son sometidos a modos de vida que encarnan con mayor o menor fuerza el *irracionalismo positivista, materialista y existencialista*. Todo el mundo habla y admite, en mayor o menor escala el *psicoanálisis* con todas sus implicancias y el *sin-sentido* de la vida cotidiana actual, de acuerdo al *existencialismo ateo*, con un consiguiente aturdimiento de los grandes problemas humanos, a la vez que con una entrega desenfadada a los placeres de los sentidos, como fin casi exclusivo de la existencia. Muchos hombres nacen, viven y mueren, articulados enteramente en una vida puramente empírica o de los sentidos, trabajo y satisfacciones de las exigencias sensibles, sin tiempo ni clima para reflexionar sobre la realidad y sentido de la propia vida en su significación espiritual y eterna. Todo está organizado -o, mejor, desorganizado- en el mundo actual como para arrebatar al hombre su recogimiento y poder de reflexión, de iniciativa libre y personal frente a las cosas y los acontecimientos, para someterlo a una vida irracional, sin pensar siquiera en ella, guiado por los estímulos más primitivos de los sentidos o, en todo caso, por modos prefabricados de pensar y aceptados sin crítica. Una serie de frases hechas transmitidas, sin ser analizadas en su contenido verdadero, expresan ese modo común y anónimo de actuar irracionalmente en la vida, con que una gran parte de los hombres, acaso la mayor, vive desde su nacimiento a su muerte, salvo contados actos excepcionales de la existencia.

Ahora bien, el objeto propio de la inteligencia es el ser desde la *esencia*, aquello que constituye las cosas, aquellas notas *por las que las cosas son* y tienen una *determinada estructura con un preciso sentido*. Esa *esencia* es precisamente lo que de permanente e inmutable poseen y son las cosas materiales cambiantes, en su núcleo originario, y que precisamente las constituye *tales cosas*. De aquí que cuando *de iure* o *de facto* se niega o excluye a la inteligencia, *ipso facto* se niega o no se atiende a las *esencias*, *lo inteligible* de las cosas, es decir, se cae en el *agnosticismo* o, peor aún, en el *actualismo fenoménico*. (Hume y Positivismo del siglo pasado).

Precisamente para la aprehensión de ese mundo inteligible de las esencias es necesario el *otium*, la actividad recogida y desinteresada de la inteligencia frente al *ser* o *verdad* de las cosas; actitud contra la cual está organizada -desorganizada, con más verdad- toda la vida actual, dirigida sólo al *trabajo* -a la economía y técnica-; todo lo cual no tiene sentido siquiera desprovisto de la actitud espiritual desinteresada, a la que esencialmente se ordena como *medio* a su fin. Y como sustituto de este fin, son colocados los placeres sensibles, que por su finitud y efemeridad, son incapaces de saciar el *ansia* de infinita felicidad del hombre -sólo realizable con la posesión del Fin o Bien infinito- y no hacen más que aturdirlo y exacerbarlo con la inquietud y la insatisfacción, que llega a veces a la angustia de un ansia infinita incumplida. El mundo en que el hombre común se mueve actualmente es, pues, un mundo sin sentido, *irracional*, porque es un mundo *sin esencias*, un mundo *impensable*, un mundo de pura actividad o hacerse sin nunca ser, un mundo, como lo describe el existencialismo anti-intelectualista, *ateo, absurdo y desesperante*.

3. Tal modo de vivir se refleja y encarna en los diferentes sectores del actuar humano o de la *cultura*. Si atendemos a la actividad humana transformadora de las cosas -al *hacer* del hombre- nos encontramos en primer lugar con la *técnica y la economía*. Son las grandes preocupaciones del hombre actual y de los gobiernos: el desarrollo material por la transformación y multiplicación de los bienes materiales.

La técnica y la economía, que absorben cada vez más la actividad del hombre y de la sociedad actuales, han perdido su *esencia y su orden esencial* de *medios para servir a un fin espiritual*, temporal y eterno del hombre: el de proporcionarle los medios y tranquilidad material de su vida, a fin de poder dedicarse al desarrollo de su espíritu, de su inteligencia y de su voluntad libre, mediante el cultivo de las ciencias desinteresadas, de la Filosofía y de la Teología sobre todo, y de su ordenamiento moral, por las virtudes, en su propia actividad y conducta individual y social. Al perder el *orden esencial*, a causa del *irracionalismo* en que se instaura y desenvuelve, la actividad técnica y económica no aspira sino al bienestar material, a los medios que proporcionan el gozo de la vida de los sentidos; el cual en el mejor de los casos -cuando no lesiona el orden moral o del perfeccionamiento humano- única-mente constituye los medios para el fin trascendente del hombre, que es un ser específicamente espiritual e inmortal.

La pérdida del orden racional y esencial de la técnica y de la economía desembocan en un *desorden humano*, que para la gran mayoría de los hombres termina por no darles tampoco el prometido y ansiado bienestar material, y, en todo caso, se lo proporciona con la privación de su verdadero fin espiritual, la posesión de la verdad y del bien, único que puede perfeccionar y dar al hombre su bienestar propio de tal. Privado de este fin supremo, la actividad técnico-económica o de los medios pierde su sentido esencial y se desarrolla como un inmenso esfuerzo, desorbitado y caótico, sin meta ni dirección.

4. Otro tanto sucede con el segundo sector del hacer o de la actividad humana sobre las cosas: el *arte*, que las transforma para hacerlas *bellas*.

El arte contemporáneo es un arte *destituido de formas o de esencias*. La esencia o constitutivo del ser se manifiesta en la *integridad y unidad* de las partes y en la consiguiente *armonía o proporción* de las mismas. En efecto, es la esencia quien da *unidad* a un ser, la que hace que muchos aspectos del mismo sean verdaderamente *partes* de un solo y armónico *ser*. La expresión artística actual ha perdido la *armonía*, la *integridad* y la *unidad* de sus rasgos pictóricos, escultóricos, musicales, etc. Se trata de una música sin melodía ni ritmo, de un conjunto de sonidos sin unidad, de una pintura o escultura en que los rasgos no pueden reducirse a un ser ni cobrar sentido alguno. Se ha perdido la *expresión artística*, porque se ha perdido o descuidado la *unidad esencial inteligible*, de donde brota. Un cuadro o composición musical actuales sólo quieren despertar un conjunto caótico de sensaciones, provocar un estado demiúrgico de emociones inferiores, *desprovisto de todo sentido inteligible*, porque está *destituido de unidad esencial*, desde donde se aprehende la forma bella en las multiplicidad de los trazos sensibles. Incluso este

llamado *arte actual deforma y hace fea* -al destituirla de su esencia que les confiere belleza- *la realidad material y al hombre*, en una actitud irracional y sin comprensión inteligible.

Tales expresiones artísticas encarnan una suerte de *neo-empirismo irracionalista* -puros trazos sensibles sin unidad, porque están vaciados de ser o esencia inteligible- y que en Filosofía encarna el *Existencialismo*; el cual reduce el ser del mundo a un *puro aparecer* en el hombre o *existencia* y éste a un *puro hacerse, sin ser o esencia*, a una mera autocreación o *existencia* desde la nada y que nunca llega a ser, a constituirse en algo o *esencia*.

5. También el cultivo de las ciencias físico-matemáticas está cargado de *empirismo irracionalista*. En verdad, las ciencias empíricas y matemáticas, por razones metodológicas, sólo estudian el aspecto fenoménico de las cosas. Están en su derecho, pues ése es su *objeto formal* propio: al científico como tal sólo le interesa comprobar los hechos, descubrir las leyes y formular teorías explicativas y, en lo posible, buscar el aspecto cuantitativo en que tales fenómenos se revelan o con el cual van acompañados, para poderlos encerrar en fórmulas matemáticas. La matematización de los fenómenos del mundo físico es el ideal de la ciencia empírica contemporánea.

Pero otra cosa es colocarse en una actitud *empirista*, de exclusión de todo lo que trasciende a los fenómenos, *como si el fenómeno científico agotase la realidad*. En tal actitud empirista, la esencia de las cosas, sus causas -sobre todo la Causa Primera Divina-, son colocadas más allá del alcance del hombre, como objetos de una fe irracional, pero no de un conocimiento estrictamente científico, cual sería el de una Filosofía fundada en la realidad. En este caso ya no se trata de defender únicamente el carácter empírico de las ciencias físico-matemáticas, sino de un *empirismo filosófico*, absurdo y contradictorio; ya que desde y gracias a la actividad intelectual -que no puede actuar siquiera sin el ser o esencia como objeto- excluye todo ser *inteligible*, el *ser o esencia* de la realidad.

Tal posición está encarnada en muchos científicos de hoy, que creen y defienden que la realidad material se agota en los hechos empíricos, estudiados por las ciencias inductivas, y sobre todo es la tesis central del *Neopositivismo lógico*, que coloca más allá de todo conocimiento válido cuanto no puede reducirse a *hechos verificables* por la experiencia sensible de muchos.

6. También en el orden *u obrar moral* se refleja este *irracionalismo anti-esencialista*. La moral para mucha gente es hoy algo convencional. Se niega haya una moral natural de normas absolutas, que se impongan al hombre con obligatoriedad en su conciencia. Así como se desconoce o no se atiende al *ser o esencia*, también se desconoce el *deber ser o exigencias del ser o esencia humana*, que obligan desde la trascendencia al hombre para su perfeccionamiento, y que se expresan en las normas morales absolutas.

Únicamente hay *modos de obrar*, convencionalmente impuestos por la sociedad o la costumbre, pe-ro carentes de valor esencial en sí o absoluto y que, por eso mismo, cada uno tiene derecho a

modificar y hasta suprimir. No hay valor ni juicios valorativos trascendentes. El cine, el teatro, y todos los géneros literarios de hoy tienden a borrar hasta los vestigios de la obligación moral, proveniente de una norma absoluta, trascendente al hombre, y más todavía, cuando ella se presenta como divina. Cada uno constituye y elige con su libertad los valores que quiere y como quiere. No es la norma que se impone al hombre como una exigencia absoluta del valor del bien trascendente y, en definitiva, divino, si no, viceversa, es el hombre quien con su libertad crea y da vigencia a la norma y a los valores que la sustentan. Para esta moral -si aún puede llamarse así- es lo mismo el amor fiel del matrimonio que el infiel del adulterio. Esta tesis es propalada todos los días por los medios corrientes de comunicación. No hay un *deber ser*, sino sólo un modo de ser, de cada uno: el que cada hombre se elige y, establece para sí. En tal posición no cabe ni pecador ni santo, ni bueno ni malo; sino diversos caracteres, modo de ser que cada uno elige.

En todo caso es el *temperamento* quien los impone, por un *determinismo causal-material*. Y es aquí donde entra a jugar un papel preponderante -con una abundante literatura que lo expresa en la novela, en el teatro, etc.- el *psicoanálisis materialista y determinista* de Freud o de su escuela, que desconoce en el hombre un psiquismo espiritual, consciente y libre, capaz de dominar y ordenar el inferior material. Lo *necesario*, lo que se impone abierta o disfrazadamente -*con sublimación*- es la *libido* o el instinto sexual, que se propone y formula sus valores y normas para su propio desenfreno, el cual debe cumplirse necesariamente, o de un modo abierto o transformado por la "sublimación". De aquí que más que desviaciones de la conducta, tales actos "moralmente pecaminosos" sean considerados y explicados como *perversiones psíquicas*, provenientes del temperamento, de la mala formación o del mal ambiente social, las cuales deben ser tratadas más medical que éticamente. Es la medicación la que debe corregirlas y no el arrepentimiento y la educación moral de la libertad.

En todo caso en nombre de dos posiciones diametralmente opuestas: *espiritualista*, la una, de la libertad creadora de la pura *existencia des-esencializada*, o *materialista*, la otra, del determinismo instintivo, se llega a la misma *conclusión amorala*: a la negación de la norma moral absoluta y superior al hombre -nada hay superior al hombre, se afirma enfáticamente, en una posición *agnóstica* o *atea*- y los valores y normas, de ser admitidos, son el fruto de la libre elección o de la sublimación del instinto necesario del hombre. En el fondo nos encontramos siempre con la supresión de la esencia y de sus exigencias ontológicas, porque se ha suprimido o negado el *valor de la inteligencia* para aprehender el ser *trascendente*. Y desde entonces el *orden inteligible del ser* se hunde, y sólo queda el caos de los fenómenos destituidos de unidad, porque destituidos de ser y deber ser, y la libertad absoluta de este puro *aparecer* o *hacerse*, a que, en definitiva, se reduce el hombre.

7. Esta *negación o prescindencia del ser o esencia* y de sus exigencias normativas o *deber ser* de la cultura de hoy en todas sus dimensiones, y de la Filosofía que la refleja, se funda, en última instancia, en una *negación o prescindencia del Ser divino*.

Negado o ignorado Dios -*ateísmo o agnosticismo*, que en la actitud práctica son lo mismo- des-aparece todo *ser* en su *esencia* y *existencia*, Porque se lo priva de todo *fundamento* o *razón de ser*. En efecto, las *esencias* están constituidas por el Pensamiento divino, el cual, al contemplar su infinita Esencia o Perfección, ve necesariamente en Ella todos los infinitos *modos finitos* capaces de participar de la Misma fuera de Ella, es decir, ve, constituyéndolas, necesariamente todas las *esencias*. De aquí que si se niega o prescinde de Dios, "no hay *esencias*, porque no hay Dios que las piense" (Sartre).

Y si se niega o prescinde de Dios, tampoco hay *existencia* en el sentido clásico de *esse o actus*, que confiere *realidad* o *presencia en sí a la esencia*. Sin el Ser *imparticipado de Dios* es imposible todo *ser -en su esencia y existencia-* porque tal ser, por su finitud, no es el Ser, y es esencialmente participado. Sin el Ser -el Ser que es por sí mismo o es *imparticipado-* nada es. Entonces el *ser* de las cosas es reducido a su puro *aparecer* -sin consistencia alguna en sí mismo- en el hombre; el cual a su vez "no es lo que es, y es lo que no es" (Sartre), es sólo por la nada -"ex nihilo fit ens" (Heidegger)- y, en definitiva, sólo es una *pura nada o libertad que quiere ser sin poder llegar nunca a ser* y, por eso, es "una pasión inútil" (Sartre), un ser absurdo, que sólo se revela por "el fracaso" (Jaspers) o caída constante de un ideal de ser nunca realizado, subsumido continuamente por la *nada*.

Vale decir, que el *irracionalismo* es una *ceguera* de la inteligencia, que la imposibilita para aprehender su objeto: el *ser* en su *esencia* y *existencia*, y que deja al hombre únicamente con los datos de los sentidos, incapaces de descubrir el *ser* desde su *esencia*. El *irracionalismo* comienza por *des-esencializar* las cosas, por reducirlas a puros fenómenos y vacía también al hombre de su *realidad esencial* y lo encierra en un puro *hacerse fenoménico* que, definitivamente, es *nada*. Y si las cosas y el hombre *no son* y carecen de *esencias*, tampoco es posible la *existencia* como *acto realizante*, que confiere *presencia en sí* a los seres, porque *sin esencia* no hay ya más *sujeto*, capaz de recibir tal acto.

Más aún, el *irracionalismo* despoja al hombre del conocimiento del *Ser imparticipado divino*, y con El lo despoja del Conocimiento y Voluntad que es Fuente de todo ser participado, de toda *esencia* o *existencia* o *acto de ser* finito, sin la Cual toda *esencia* y *existencia* finitas carecen de *fundamento* y *sentido*. En la luz -o más bien, en las tinieblas- de esta Filosofía irracionalista -encarnada en sus diversas formas de *neoempirismo*, de *materialismo freudiano marxista*, de *existencialismo desesencializante* y *ateo-* la *cultura actual*, sin bases metafísicas del *ser* y *deber ser*, se debate en un *hacer técnico, económico y artístico*, perfeccionante de las cosas y del hombre, en un *obrar moral* y en un *contemplar* de ciencia y Filosofía, *sin sentido*, porque carece de *ser o esencia que perfeccionar*, de *ser o esencia con que perfeccionar* y de *Ser* divino, de donde brota y en Quien se fundamenta todo *ser* finito, *que* haya de perfeccionarse o *con el cual* ha de perfeccionar.

Para una reconquista de una *auténtica cultura* es menester comenzar por la restitución *del valor de la inteligencia* -del *Intelectualismo-* y de su objeto, *el ser, con su esencia y existencia, del*

ser finito o participado, inmediatamente dado, y del *Ser infinito e imparticipado*, *Fuente o Causa Primera de todo ser*: se impone una restitución del *ser* y *conocer* espiritual del hombre, de su *inteligencia*, mediante una auténtica *Antropología*, y del *ser* y del *Ser* mediante una auténtica *Metafísica*.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI.